

RESEÑAS

Henry Kissinger, *World Order*, Nueva York, Penguin Press, 2014, 420 pp.

En 1994, Henry Kissinger publicó *La diplomacia*, donde analiza el potencial orden internacional que se diseñaría al final de la Guerra Fría. Vaticinaba, además, que el sistema internacional del siglo XXI se caracterizaría por “una aparente contradicción” entre fragmentación y globalización. El principal reto para formar un nuevo orden a escala global, de acuerdo a Kissinger, sería conciliar la heterogeneidad de valores y experiencias históricas entre países de importancia comparable.¹ A diez años de la publicación de *La diplomacia*, el término “orden mundial” ha ganado popularidad ante el supuesto advenimiento de la multipolaridad en el sistema internacional. El autor considera que “nuestra época está insistentemente, algunas veces desesperadamente, en busca de un concepto de orden mundial” (p. 2), por lo que escribió *World Order*—basado en gran medida en el balance histórico que realizó en *La Diplomacia*— con el objetivo de ofrecer un recuento de las diversas definiciones de orden que se han utilizado y sus implicaciones.

Por primera vez, según Kissinger, todos los principales centros de poder del sistema internacional practican elementos del orden mundial en turno (al menos hasta cierto grado), pero ninguno se considera defensor natural del sistema, en especial porque invierten sus energías y recursos en resolver o manejar cambios y problemas internos. Así, la principal pregunta del autor es “¿pueden regiones con culturas, historias y teorías de orden tan divergentes legitimar algún sistema común?” (p. 8). Para resolver esta interro-

¹ Henry Kissinger, *La diplomacia*, trad. de Mónica Utrilla, 2ª ed. en español, México, Fondo de Cultura Económica, 2001 (original de 1994), pp. 18 y 21.

gante, el autor define orden como un conjunto de reglas justas y legítimas, aceptadas por consenso, que delimitan las acciones permitidas y propician un balance de poder, promueven moderación y previenen que una entidad política domine a las demás.

Los órdenes internacionales más estables, argumenta Kissinger, se han forjado sobre percepciones uniformes (p. 27). El consenso sobre la legitimidad de este arreglo no descarta desacuerdos, pero asegura que las discrepancias se conviertan en ajustes al orden existente en lugar de retos. En este sentido, el diplomático estadounidense reconoce que el poder es necesario para diseñar, promover y estabilizar el orden, pero no es suficiente: es necesario tomar en cuenta la legitimidad del orden mundial. Esta supuesta desviación de una mera política de poder y la atención a la construcción de las estructuras del orden hacen que algunos críticos describan a Kissinger como constructivista;² sin embargo, cualquier persona que haya leído a Hans Morgenthau en lugar de a Kenneth Waltz discreparía.

El autor vaticina desde las primeras páginas que ningún orden mundial ha existido, pues no se ha logrado un consenso acerca de las normas y reglas que regirían al sistema y nunca a escala mundial. Kissinger explica que se han diseñado órdenes con un balance entre poder y legitimidad para áreas geográficas pequeñas y con convicciones culturales coherentes. Distingue, además, entre orden mundial (concepto de una región o civilización acerca de arreglos justos y distribución de poder que podrían usarse en todo el mundo), internacional (uso de ese concepto en una parte sustantiva del mundo y con implicaciones en el balance de poder global) y regional (alcances del concepto en un área geográfica definida). Actualmente es necesario buscar un orden mundial, que abarque entidades sin relación histórica o cultural entre ellas, por lo que, de acuerdo con el académico estadounidense, es más probable presenciar conflicto en lugar de orden dada la heterogeneidad de visiones.

² Marc Lynch, "Kissinger the constructivist", *The Washington Post*, 21 de octubre de 2014, en <http://www.washingtonpost.com/blogs/monkey-cage/wp/2014/10/21/kissinger-the-constructivist/>

Su libro “intenta estudiar las regiones cuyos conceptos de orden han moldeado primordialmente la evolución de la era moderna” (p. 9), enfocándose en dos pilares: el poder y la legitimidad. Sus casos de estudios son Europa, China, el Islam (que, técnicamente, no es una región) y Estados Unidos. Argumenta que en la Europa anterior a la Revolución francesa, China y Medio Oriente surgieron órdenes regionales sin intención de exportar sus preceptos. Sin los medios para que estos tres órdenes se comunicasen sistemáticamente, y sin mecanismos para comparar sus capacidades, cada región veía su propio orden como único y definía a los otros como “bárbaros”. Los revolucionarios franceses innovaron, y los estadounidenses después adoptaron esta novedad, cuando buscaron expandir sus valores universalmente para liberar a los pueblos, aunque fuese en contra de su voluntad.

En los primeros dos capítulos, Kissinger estudia el orden europeo, resumiendo en pocas páginas algunos de los puntos principales de *La diplomacia*. Durante el Imperio romano, el orden estaba basado en el Cristianismo, por lo que era altamente ideológico con pretensiones universales; con la paz de Westfalia en 1648 se creó un orden pragmático en Europa, basado en la multiplicidad y la moderación, en el balance de poder y no en ideologías religiosas, sin pretensiones de que se exportase y mucho menos que se universalizase. Contrario a órdenes anteriores, Westfalia estaba basado en procedimientos (como la soberanía y la igualdad entre entidades políticas), no en alguna sustancia inmutable. La Revolución francesa inauguró una época de cruzadas seculares para expandir valores, con que se transformaron las relaciones internacionales en una lucha global de ideologías (p. 43).

Para Kissinger, el Islam, como civilización y religión, busca un orden mundial basado en un súper Estado donde la fe y el gobierno están unidos y la paz prevalece en la Casa del Islam. El autor cita al Ayatolá Jomeini, quien buscaba la desaparición de los gobiernos en el mundo islámico para dar lugar a un gobierno único islámico, y argumenta, usando un estilo *à la* Samuel P. Huntington, que no hay competencia con países occidentales, sino una contienda entre visiones del orden mundial. En Asia existen diferentes visiones del orden: tradicionalmente, Japón visualiza una

jerarquía internacional encabezada por el emperador japonés; la India busca un sistema de alianzas con el conquistador al centro. China, a quien Kissinger dedica un capítulo completo, donde resume argumentos que usó en su libro *On China*, piensa en sí misma como el único gobierno soberano, que encabeza una jerarquía universal; los gobernantes chinos contemporáneos, sin embargo, abandonaron esta idea y describen a su país como un poder tradicional en el orden westfaliano, con pretensiones de modificarlo pero no de sustituirlo.

Kissinger pide rescatar el principio westfaliano de respeto a la multiplicidad, pues argumenta que será necesario para que diferentes países y civilizaciones puedan cooperar y buscar un concepto compartido de orden. Con una retórica sutil pero eficiente, el autor describe a Estados Unidos como el defensor del diseño westfaliano. Estados Unidos busca contrarrestar la anarquía internacional con una extensa red de estructuras internacionales que promuevan comercio abierto, un sistema financiero estable, principios de solución pacífica de controversias y límites a los conflictos. Estas instituciones, al menos en principio, son neutrales en cuanto abarcan y respetan cada cultura y región en el mundo.

A pesar de que el exsecretario de Estado concuerda con el orden westfaliano, critica la convicción estadounidense sobre la universalidad de sus principios. Kissinger distingue dos corrientes ideológicas en el país norteamericano: idealistas, como Woodrow Wilson, y realistas, como Theodore Roosevelt. Argumenta, defendiendo al Realismo, que los primeros, en un esfuerzo por reformar a las naciones e imponer sus valores, favorecen el intervencionismo y propician conflictos; los segundos, por el contrario, se apegan al balance de poder y reducen los problemas al mínimo. Para ilustrar su punto, argumenta que las guerras en Vietnam, Iraq y Afganistán son resultado de una visión moralista que inspiró decisiones poco prudentes en aras de exportar los valores. Sin embargo, si bien hubo elementos idealistas en la justificación de los tres conflictos, al menos retóricamente se usaron consideraciones estratégicas para intervenir: prevenir la expansión del comunismo, el desarrollo de armas nucleares y el fortalecimiento de Al-Qaeda, respectivamente.

En un contexto donde algunos actores desafían ciertos elementos del orden internacional, como Rusia en Ucrania, Kissinger espera que los países emergentes tendrán la legitimidad necesaria para proponer acuerdos y consensos que promuevan un balance de poder estable. Al exsecretario de Estado, sin embargo, no le interesan las visiones de orden internacional que existen en América Latina, África u Oceanía, lo cual puede justificarse por la visión olímpica de las relaciones internacionales que promueve el Realismo, donde sólo se analizan las acciones de las potencias. Sin embargo, si el escenario internacional se convierte en multipolar, como afirma Kissinger al principio de su libro, debería tratar de entender las visiones de orden de por lo menos aquellos países catalogados como “potencias emergentes”.

Kissinger reiteradamente describe la importancia del “hombre de Estado” en el diseño de política exterior, en particular, y del orden mundial, en general. El autor describe al cardenal Richelieu, quien dominó la política exterior francesa de 1624 a 1642, como el primer hombre de Estado que centralizó la maquinaria del Estado y la orientó como instrumento de alta política. Pareciera que el exsecretario de Estado escribiese para justificar su trabajo como el principal diplomático estadounidense de 1973 a 1977 cuando argumenta que los “hombres de Estado” deben estar preparados para tomar decisiones difíciles, aunque eso implique que serán incomprendidos en su época. El diplomático reconoce que el principal reto para el hombre de Estado actual es reconstruir el sistema internacional, pero arguye y aconseja que el balance de poder, y no valores o ideologías, es la principal herramienta para dicha tarea.

El autor enfoca su análisis en amenazas al orden internacional provenientes de las interacciones entre Estados y, si bien reconoce la existencia de amenazas no estatales como el terrorismo, presta poca atención a problemas y amenazas globales que no tienen su origen en disrupciones al balance de poder. Las pandemias, como la reciente propagación del virus del ébola, problemas relacionados con el cambio climático, como sequías extremas, y las operaciones de redes transnacionales criminales, como narcotraficantes y terroristas, presentarán retos igual o incluso más importantes para la cooperación internacional.

En este sentido, diversos autores, como Anne-Marie Slaughter en *A New World Order*, han propuesto estudiar los arreglos de cooperación que surgen de la interacción entre redes transnacionales.³ De acuerdo a la exdirectora de planeación de política exterior estadounidense, estas redes tienen el potencial de diseñar soluciones globales, ancladas en estructuras nacionales, a problemas globales. Aunque este debate pareciera ser una discusión entre Realismo y Liberalismo, o entre poder y valores, se trata de una contraposición de visiones sobre “orden mundial” y sobre los actores que construirán ese orden; ¿serán solamente Estados, como Kissinger argumenta, o una plétora de actores, como señala Slaughter? Es decir, ¿para hacer frente a los retos del siglo XXI será suficiente un orden mundial, donde se tome en cuenta a países y hombres de Estado, o un orden global, donde diferentes actores puedan participar?

JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ AQUINO

Nicola Horsburgh, Astrid Nordin, Shaun Breslin (eds.), *Chinese Politics and International Relations: Innovation and Invention*, Nueva York, Routledge, 2014, 204 pp.

“Innovación” es un concepto clave en este libro. Así lo resaltan los editores en la introducción al recordar los conceptos que desde 2006 se utilizan en China para impulsar la innovación en la ciencia y tecnología: *chuangxin* y *gexin*. Sin embargo, ¿hasta qué punto China es innovadora en el ámbito de su política y relaciones internacionales? Por un lado, la hegemonía del Partido Comunista Chino impide la innovación, por ejemplo, en sectores sociales no gubernamentales, o en la intención del gobierno chino de dirigir la innovación (si es que esto es posible). Por otro lado, la influencia del sistema internacional en China impulsa procesos innovadores en el ejercicio de la política exterior y la construcción de la imagen

³ Anne-Marie Slaughter, *A New World Order: Government Networks and the Disaggregated State*, Princeton, Princeton University Press, 2004.

nacional. Para el primer caso está el ejemplo de la política nuclear, lo cual es, tal vez, la única innovación china en las relaciones internacionales. Para el segundo caso existen las propuestas de la “escuela china de relaciones internacionales”, que aún forman parte del debate científico y que varían desde la “sinización” conceptual hasta verdaderas propuestas teórico-metodológicas.

El primer capítulo, de Nicola Horsburgh, versa sobre la doctrina nuclear china desde la época de la apertura. El argumento de la autora es puntual: aunque China se integró al orden nuclear mundial –al unirse al Tratado de No Proliferación, en 1992, y al Tratado de Prohibición de Ensayos nucleares, en 1994–, los análisis en Occidente pasan por alto las ideas innovadoras en la formulación de la doctrina nuclear china. Para Horsburgh, existen dos manifestaciones de la innovación nuclear china en un intento de “diferenciarse” de otras potencias: por medio de su principio de *No primer uso* (NFU por sus siglas en inglés) y por medio del lenguaje oficial. Desde mi perspectiva, el uso de conceptos “innovadores”, como el de posesión de un arsenal nuclear “contra-coerción”, sólo queda en el ámbito de la retórica en tanto no impida el desarrollo tecnológico y cuantitativo de las armas nucleares de China. Sin embargo, es de reconocer que la política de NFU es, definitivamente, un aspecto innovador en la política exterior nuclear de la República Popular China, ya que, como cita la autora, implica aceptar cierto grado de vulnerabilidad estratégica con tal de seguir un principio normativo.

El capítulo de Ward Warmerdam pretende añadir un microproceso a los tres microprocesos de socialización que propone Alastair Johnston: imitación, persuasión e influencia social.¹ El microproceso añadido sería la innovación. Para esto, el autor analiza la cooperación para el desarrollo de China con base en la hipótesis de que este ejercicio internacional presenta numerosos aspectos que no caben en los tres microprocesos de socialización. Warmerdam asevera que los principios para la política exterior china son diferentes a los occidentales, pero las motivaciones y prácticas de

¹ Alastair I. Johnston, *Social States: China in International Relations, 1980-2000*, Princeton, Princeton University Press, 2008.

cooperación internacional no lo son tanto. Cuando China inició su programa de asistencia externa, durante la época maoísta, el gran elemento innovador fue la provisión de ayuda foránea aún siendo un país pobre. Después de 1978, el elemento innovador, a juicio del autor, es el aprovechamiento de oportunidades en países en desarrollo para ventaja tanto de éstos cuanto de China. Sin embargo, la reemergencia de su ayuda –a partir de la década de 1990– presenta rasgos innovadores, sobre todo en la manera en que donadores tradicionales han respondido. Por ejemplo, cita el caso de las nuevas reinversiones en infraestructura por parte del Banco Mundial, ya que la asistencia económica en este rubro es una característica de la cooperación china para el desarrollo. En pocas palabras, la incursión de China en la cooperación internacional para el desarrollo sigue algunos principios de donadores tradicionales, añade nuevos, mientras que estos donadores se adecuan a las acciones chinas. Para tal aseveración, el texto carece de estudios empíricos que demuestren las conclusiones del autor, quien sólo se ocupa de citar otros estudios al respecto.

Iniciando la segunda parte de la obra, Lindsay Cunningham-Cross estudia la manera en que se articula la narrativa en la construcción de la disciplina de relaciones internacionales en China. Específicamente se centra en el surgimiento de una hipotética escuela china de relaciones internacionales. Para esto, primero describe los inicios de la construcción del discurso disciplinario a partir de las primeras obras y reuniones académicas sobre el tópico. En esta línea, la autora explica que, al ser una “importación” de Occidente desde la década de 1980 (sobre todo a partir de la apertura), la disciplina ha evolucionado con poca aportación china. Sin embargo, Cunningham-Cross identifica una especie de “preocupación patriótica” en la construcción posterior de la narrativa disciplinaria. Esto implica, por un lado, que los académicos se preocupan porque China, un país de más de mil millones de habitantes, no tuviese un pensamiento internacional propio; por otro lado, implica también que la disciplina sirva a los intereses nacionales. Así, inició la construcción de una escuela china de relaciones internacionales con base en tres fases: importación, crítica, innovación. La autora, no obstante, critica esa ruta ideal para llegar a un estado

innovador de la disciplina, porque la fuerte carga marxista en el estudio de las ciencias sociales en China, además de la importante influencia de la academia occidental (sobre todo estadounidense), hace que la innovación esté constreñida en este ámbito. Ante esto, los académicos chinos han virado hacia la historia y el pensamiento antiguo para fortalecer su escuela de pensamiento.

En relación con el anterior apartado, Ras Tind Nielsen y Peter Marcus Kristensen estudian las características innovadoras de una escuela china de relaciones internacionales en el cuarto capítulo de la obra. Para esto definen a la “innovación teórica” como una “combinación híbrida de diferentes fuentes de conocimiento”, por lo que la innovación de la escuela china en la disciplina radicaría en su habilidad para combinar sus propias aportaciones con las de Occidente. De acuerdo con el texto, vemos que lo anterior no es así. Los académicos de relaciones internacionales en China, durante las décadas de 1980 y 1990, se enfocaron en traer la teoría de Occidente. En una contribución original con base en numerosas entrevistas, los autores dan cuenta de que los académicos chinos mantienen una fuerte influencia estadounidense, por lo que sus contribuciones mantienen esta línea. Por ello, algunos académicos chinos han enfocado su atención al pensamiento antiguo chino, con la consigna de que “hay que hacer algo que los occidentales no puedan entender” como principio de una contribución original. Tal vez la originalidad, o innovación, de un pensamiento académico sobre relaciones internacionales radica más en la metodología que en la teoría; *de qué manera* comprender al mundo, y no afirmar que “el mundo es *de tal o cual manera*”. Por ello, las conclusiones de los autores sobre que el surgimiento de la escuela china de relaciones internacionales puede revelar la “mentalidad localista” de la escuela occidental es una contradicción, ya que ¿no caerían en lo mismo los académicos chinos?

De acuerdo con la contribución de Falk Hartig, los Institutos Confucio son una herramienta innovadora en la diplomacia cultural china. Su carácter innovador recaería en dos aspectos: son empresas lanzadas a manera de *joint ventures*, por lo que su financiamiento es conjunto China/socio, y que se establecen en universidades del país receptor. Sin embargo, yo diría que su innovación recae en

dos aspectos que el autor no enfatiza tanto: los extranjeros promueven los intereses nacionales chinos en tanto contribuyen, financieramente, al establecimiento de los Institutos; y la enseñanza en los Institutos está parcializada porque no muestran una realidad histórica, cultural, política o económica completa de China.

En el siguiente texto, Annuka Kinnari estudia la manera como Guangzhou sirvió como una plataforma para la innovación de la imagen de China al exterior, a partir de los Juegos Asiáticos de 2010. La idea de la autora es que China aprovechó la coyuntura que ofrecieron los Juegos Asiáticos para lanzar una imagen de país moderno, además de que las ciudades son un espacio idóneo para fomentar innovaciones. Esto, no obstante, puede encontrar obstáculos en tanto existen rasgos culturales que no permiten la implementación de políticas “modernizantes”; la autora cita el caso de la sustitución del cantonés, típico de Guangzhou, por el *putonghua*, o chino estándar. El lanzamiento de la imagen innovadora de Guangzhou varió según la región. La autora realizó un trabajo hemerográfico de publicaciones periódicas en Reino Unido y Estados Unidos, y las respuestas fueron disímiles; por un lado, algunos periódicos mostraron una China económicamente pujante, mientras que, por otro lado, algunos otros periódicos mostraron la imagen de una China contaminante y de producción manufacturera barata.

Astrid Nordin cierra la obra con un capítulo sobre las “innovadoras” formas de expresión en Internet ante las formas de control del gobierno chino. Su contribución se centra en los homónimos del *egao*, que no son más que palabras homófonas para evitar la censura. Para esto explica primero que en China existen tres niveles de censura: macro (eliminación de todo un género de publicaciones o control estricto del telégrafo, por ejemplo), medio (remover ciertos servicios o publicaciones) y micro (censurar palabras); precisamente, el *egao* se sitúa en este último ámbito. Así, mientras que el gobierno chino mantiene la censura de una forma no innovadora –ya que desde las dinastías chinas se hizo este tipo de cosas–, la resistencia ante tal censura es innovadora por las herramientas virtuales en las que se da este tipo de resistencia, por su contenido humorístico y por su naturaleza “china”.

La principal novedad del libro es que retoma las líneas de investigación más actuales sobre política y relaciones internacionales en China. Los estudios en este libro colectivo son rigurosos e intentan aportar la formación de una visión intermedia en el estudio sobre China: no es amenaza ni pro *statu quo*, sino, más bien, innovadora. No obstante, pareciera que los autores fuerzan, de alguna manera, sus estudios para adecuarse a esta visión. Hay poca crítica a los esfuerzos de los académicos chinos por formar su “propia escuela de pensamiento”, dado que esto es, precisamente, una forma de innovar. Hay poca crítica sobre qué tipo de imagen produjo China en el exterior, con base en los Juegos Asiáticos, en tanto esta empresa fue innovadora. Además, la definición de “innovación” varía entre texto y texto, por lo que no es posible etiquetarla de concepto. Su lectura es recomendable pero no determinante para un análisis crítico de la política o las relaciones internacionales de China.

EDUARDO TZILI APANGO

Donna L. Chollett, *Neoliberalism, Social Exclusion, and Social Movements: Resistance and Dissent in Mexico's Sugar Industry*, Lanham, MD, Lexington Books, 2013, pp. XII + 239

El presente texto se fundamenta en el conjunto de contribuciones teóricas y empíricas ofrecidas por la esmerada investigación del libro de Donna Chollet. De forma general, la argumentación de Chollet trata del neoliberalismo, destacando sus efectos, en buena medida considerados perjudiciales para la sociedad y la economía mexicanas. El argumento en lo que concierne al neoliberalismo conduce al lector a una concepción crítica de su adopción y, principalmente, de sus efectos negativos, de la exclusión social derivada de la adopción ciega e impositiva de las prácticas neoliberales y de los movimientos sociales que intentaron reaccionar ante los estragos observados. El caso que la autora trata específicamente se refiere a la comunidad de Puruarán, notable por el monocultivo secular

de la caña de azúcar y por formar parte importante en la industria azucarera.

La construcción del argumento de Chollet y la elección de su caso de investigación se derivan de una motivación formada a lo largo de quince años de contacto directo con aquella comunidad. Donna Chollet es profesora de Antropología de la Universidad de Minnesota-Morris y coordina el área de estudios latinoamericanos de la institución. Su investigación de casi tres décadas se enfoca en la actividad rural en México, específicamente en el cultivo de la caña de azúcar y en el sector azucarero. Relacionar las políticas neoliberales, la privatización de los molinos de azúcar de la región, la apertura del mercado bajo los auspicios de la voluntad norteamericana y de la formulación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) y sus impactos sociales refleja tanto la motivación de trabajo como el método de tratar el tema. Durante los periodos de permanencia en la región, la autora realizó un intensivo trabajo de campo, observando cómo la comunidad de Puruarán fue duramente afectada por las prácticas neoliberales adoptadas, con que se generó marginación y exclusión social.

Chollet define el neoliberalismo como un conjunto de doctrinas y presupuestos que tienden a establecer un conjunto de políticas encaminadas a la expansión de las leyes guiadas por el mercado en detrimento de la capacidad de intervención del Estado en la economía. Entre estas políticas que se adoptan, está la apertura económica, en el caso mexicano, impulsada por un conjunto de actores locales, regionales y globales. El factor local se compone por los gobernantes locales y, sobre todo, por la política liberal seguida por los gobernantes mexicanos, especialmente en el periodo de Carlos Salinas de Gortari. El factor regional se representa, entre otros aspectos, por la presión norteamericana para la apertura y para la firma del TLCAN. En cuanto a lo global, se debe a los impactos devastadores del neoliberalismo en la economía y en la sociedad. Chollet trata el neoliberalismo como un fenómeno global, apoyado en prácticas, principalmente de orden económico, que, según sus entusiastas, llevarían a una nación al desarrollo por adoptar políticas de ajuste fiscal, privatizar y liberalizar

el mercado. De acuerdo con la autora, México, al igual que otros países latinoamericanos, abrazó los paradigmas neoliberales, incorporándolos y haciendo locales los intereses capitalistas globales, lo que permitió una ofensiva capitalista en que un primer momento desarticuló y desestructuró la economía local mexicana. Se entiende, considerando la exposición de este libro, la apertura económica como la suma de la apertura del mercado de bienes y servicios y el mercado de capitales, que incluyen el mercado de materias primas que, a su vez, genera una distorsión en los mercados, inclusive en el mercado de trabajo. La apertura pasa por un proceso de liberalización económica, retirando los mecanismos de protección erigidos por los gobiernos nacionales en la estela del movimiento de industrialización presente en los países latinoamericanos en las décadas posteriores a la Gran Depresión. Se supuso, no sin razón según la literatura especializada en economía, que el desarrollo de países de economía atrasada se daría por la vía de la industrialización. Cuando se trata de países de industrialización tardía y de condiciones deterioradas de competencia comercial internacional, se adoptó la concepción de que la industrialización sólo sería posible con amplia participación estatal.¹ Adicionalmente la autora destaca el efecto de la adopción de las prácticas neoliberales en las dinámicas locales (que derivaron en movimientos de resistencia social) que no deben entenderse de forma disociada de la estructura histórica de las economías locales. En palabras de la autora, “in the case of Puruarán that history provided both the ma-

¹ O sea, el Estado debería crear y proveer las condiciones estructurales mínimas que garanticen el desarrollo del sector industrial, luego las inversiones realizadas en ese sector promoverían que entrase en funcionamiento el efecto multiplicador de las inversiones, lo que pondría en movimiento todo el engranaje económico. Es ese sistema intervencionista que de cierta manera protegía al sector productivo nacional, pero que simultáneamente edificaba una barrera proteccionista que impedía el funcionamiento del libre mercado según la concepción neoliberal. Para que el modelo propuesto por la corriente neoliberal siguiera adelante, esa protección debería deshacerse, como pasó en otros momentos históricos, por ejemplo la demanda británica para la apertura de los mercados coloniales. Para mayor información se recomienda la lectura de Celso Furtado, Maria da Conceição Tavares, Raúl Prebisch, por citar algunos clásicos del pensamiento desarrollista-cepaliano.

trix that people drew on to forge their struggle to preserve their way of life and the structural circumstances that limited resistance” (p. 3).

Además, en lo que concierne a los resultados del neoliberalismo, se hace necesario entender que aquellas economías y sociedades donde sus prácticas se adoptaron y activaron sin un análisis crítico adecuado ni proceso de adecuación a los más diversos escenarios y niveles de complejidad, se observaron duras consecuencias para la economía nacional y para la sociedad. El texto de Chollet es bastante claro al destacar que la adopción de las prácticas neoliberales no pasó impune ante la sociedad. Es elocuente al resaltar que, bien mirado, los trabajadores enfrentan el arduo desafío de resistir y responder a los resultados derivados de un *modus operandi* de la economía que acarreó intensos problemas sociales, con que se afectó a sus comunidades, como es el caso de Pururarán. Esta perspectiva micro, con todo, debe considerar aún a las empresas locales y al empresariado local, considerando que todos ellos han resentido, cada uno a su manera, los efectos del neoliberalismo. Al pasar la reflexión al nivel macro, se desprende que el cuadro afecta a toda la economía nacional.

Insertas en un ambiente política y económico de interdependencia, las economías nacionales y sus sectores están sujetos a la influencia de eventos externos. Pese al grado de vulnerabilidad a tales fenómenos exteriores y a sus efectos diferenciados entre los países, la bibliografía especializada comprueba que los acontecimientos exógenos influyen en los comportamientos y las decisiones y que acaban por afectar la economía como a todo. Lo que se observa es que la adopción de las prácticas neoliberales, incluso en periodos distintos y con estructuras económicas, políticas y sociales diferenciadas, ha acentuado los efectos de problemas externos en el ambiente interno. Lo que no puede dejar de mencionarse aquí es que la globalización neoliberal aún es un hecho y puede pasar fácilmente de la esfera productiva a la esfera financiera y reproducir su ciclo de influencia social, política y económica.

La percepción generalizada en el medio académico y político global es que el neoliberalismo se trata exclusivamente de cuestiones económicas y de prácticas políticas que modifican la gestión integrada del ambiente macroeconómico, en particular de

los fundamentos económicos de una nación. Pensado y caracterizado por esa ideología, “Neoliberalism is an economic philosophy that holds that free markets provide the most efficient solutions to economic and social problems and governments should not interfere with them”.² Además, en lo que toca al medio económico, sus promotores y aquellos que sostienen su efectividad afirman que al retirar las barreras proteccionistas al libre comercio, promover privatizaciones y atraer capital extranjero facilitando su entrada, y asumiendo un ambiente desregularizado en lo que se refiere a movilidad del capital y una menor actuación de los gobiernos nacionales en las relaciones económicas entre los agentes involucrados, se generaría un nuevo *modus operandi* para la actividad económica que resultaría en eficiencia, crecimiento y, finalmente, en un proceso sustentable de desarrollo para las naciones.

Si a las prácticas mencionadas se sumara el control de las cuentas públicas, procurando una reducción progresiva del gasto público, y en particular de los gastos en programa sociales, considerándolos inocuos ante la ambición de crecimiento que la unión de esas prácticas traería, se completaría el esquema para que un país estuviese en plena trayectoria para reducir las desigualdades existentes entre países desarrollados y los no desarrollados o emergentes.

En la obra de Chollet, se observa, principalmente, una propuesta metodológica de análisis de las consecuencias de la adopción de prácticas neoliberales sustentadas por un “anthropological approach” que busca comprender los aspectos sociales de los movimientos de resistencia y reacciones a los efectos deletéreos observados luego de años de daños originados por la adopción de prácticas neoliberales. Y sorprendentemente los movimientos de resistencia y respuesta se encuentran diseminados, según se puede percibir al analizar el caso mexicano (Weaver *et al.*, 2012, y Chollett, 2013).

La obra de Chollet parte de un concepto de mercancía que trasciende la concepción de *commodity*. Como su base metodológica

² Thomas Waever, James Greenberg, William Alexander y Anne Browning-Aiken (eds.), *Neoliberalism and Commodity Production in Mexico*, Boulder, University Press of Colorado, 2012. Los autores en su introducción emplean una frase que representa bien la concepción tomada por la obra al respecto de la globalización liberal: “There are natural disasters, and then there is neoliberalism” (p. vii).

es distinta, su foco conceptual también es diferente. Cuando se trata del término *commodities*, se constata que el mismo carga una comprensión de que *commodities* no son exclusivamente cosas, sino mercancías en un sentido amplio. Luego, en la vigencia de un sistema capitalista “labor is also a commodity, subject to allocation, appropriation, sale, and migration” (p. 18). Inserta en un sistema capitalista global, el factor trabajo entra en una cadena de producción de mercancías, con *links* hacia delante y atrás, con que supera el tema de la región y pasa a formar parte de un mercado global de mercancías. Sin embargo, la creación de valor dentro de esa cadena de producción de mercancías tiende a ser global y local, conque las relaciones humanas las influyen; está cada vez más fragmentada y desorientada, y su participación en esa cadena productiva global.

Al tratar el caso mexicano, principalmente el que denomina “disaster in rural Mexico”, se examinan los efectos de políticas neoliberales en la producción y distribución de mercancías básicas. Su propuesta metodológica está diferenciada. El tratamiento antropológico en la obra de Chollet³ se destaca y distingue al trazar una profunda mirada antropológica, primero, mas sobre todo etnográfica, de las consecuencias del neoliberalismo en el lugar (“anthropology of place”), adentrándose en el escenario humano, familiar, y en el efecto físico de los cambios generados. Según la autora, el neoliberalismo transformó la economía mexicana, cambiando su composición. Derivado de la interacción entre lo local y lo internacional de las más diversas formas del capital, las propiedades biofísicas del ecosistema local cambiaron, por efecto de una aceleración descontrolada del movimiento de urbanización y de transformación de las clases sociales. Utilizando el estudio de caso de la población rural de Puruarán, Chollet procura retratar endógenamente las consecuencias y reacciones ante el neoliberalismo. La autora, al estudiar detenidamente la industria de la azúcar mexicana (con la región de Puruarán como campo de estudio), contribuye bastante con una perspectiva complementaria de “Global-Local dynamics” con el objetivo de comprender la globalización neoliberal y sus consecuentes movimientos sociales. Donna Chollet (pp. 17-20) rechaza

³ Así como en Weaver *et al.*, *op. cit.*

la dicotomía conceptual entre global y local. Su propuesta busca revertir una separación entre global y local como esferas distintas. De esta forma, la autora expone que si examináramos lo global sin considerar lo local y lo local sin considerarlo como parte de todo ese proceso dinámico, estaríamos incurriendo en una lectura sesgada, un error metodológico, pues lo local forma parte de una red interconectada. Chollet (p. 19) examina este “global-local” como “social field to explicate how social movements arise out of submerged networks and how the dynamics within this social field contribute (or not to this case) to movement maintenance”. La suma de esas contribuciones deja constatar que un esbozo metodológico que escapa de un modelo de análisis cerrado en áreas, que mantiene un único punto de vista teórico, económico, político o social, puede contribuir significativamente para un análisis y percepción más integral y complejo de los fenómenos que se desprenden de un periodo de adopción de políticas neoliberales.

Por tratar específicamente del caso mexicano, pesa en la escritura de la autora la influencia de organismos internacionales, como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, así como de entidades del comercio regional, como el TLCAN, lo que constituye un conjunto de actores y factores que contribuyeron para que el escenario relatado se perfilara. En lo que concierne al TLCAN, Chollet (pp. 85-86) observa que el acuerdo se impuso a México, que estaba entonces estancado económicamente por su deuda externa, lo que estableció la obligación de adoptar medidas de ajuste estructural, incluidas la privatización y la apertura del mercado. Tales medidas eran prerequisites para el TLCAN, que vendría a implementarse el 1 de enero de 1994. Manteniendo su método de comprender las relaciones entre lo global y lo local, Chollet (p. 85) afirma que “privatization and market opening share an intrinsic linkage, because both were conditions for restructuring the Mexican economy”, aunque en el caso de Perú, la autora afirma que “privatization and ‘free trade’ under NAFTA sent shock waves all the way from IMF to the sugar mill in Puruarán”. Chollet deja claro para el lector el legado para la economía mexicana y sus más diversos sectores (en el estudio de la industria del azúcar, pero también del mango, uvas, maíz, agua, pesca, entre otras), no sólo desde la adopción del TLCAN,

sino sobre todo por la relación de proximidad y dependencia entre Estados Unidos y México. Según ella, “under pressure from the United States, last-minute modifications to NAFTA provides U.S. sugar producers with a decide advantage” (p. 87). La reconfiguración productiva, los efectos internos en la producción mexicana y el flujo de comercio entre estos países se modificó brutalmente luego de la entrada en vigor del TLCAN. Para Chollet, el TLCAN causó una verdadera catástrofe para el sector azucarero mexicano (uno de los grandes responsables de la dinámica de la economía mexicana), lo que se entiende como “a transnational trade agreement, NAFTA imposes a verticality and encompasses class inequalities across three nations” (pp. 21 y 44). Mientras tanto, su obra tiene el mérito de mostrar que han comenzado movimientos de reacción y que siguen adelante, como una forma de expresión simultánea de discordancia, revuelta y, sobre todo, respuesta a los efectos de la adopción de prácticas uniformes que en un primer momento afectaron a la economía mexicana, pero que en un segundo momento presentan sus consecuencias para la sociedad.

ALEXANDRE CÉSAR CUNHA LEITE
Traducción de GABRIEL RAMOS